

Dionisio Ridruejo

*CARTAS ÍNTIMAS
DESDE EL EXILIO*

(1962-1964)



CARTAS ÍNTIMAS
DESDE EL EXILIO
(1962 - 1964)

Dionisio Ridruejo

*CARTAS ÍNTIMAS
DESDE EL EXILIO*

(1962-1964)



Introducción y selección de
JORDI AMAT Y JORDI GRACIA

CUADERNOS DE OBRA FUNDAMENTAL



CUADERNOS DE OBRA FUNDAMENTAL

Responsable literario: Francisco Javier Expósito

Diseño y cuidado de la edición: Armero Ediciones

Conversión a libro electrónico: Criteri Digital i multimèdia, S.L.

© Fundación Banco Santander, 2012

© De la introducción, Jordi Amat y Jordi Gracia

© Sucesores de Dionisio Ridruejo

© *España. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
Centro Documental de la Memoria Histórica*

ISBN: 978-84-92543-37-3

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

Jordi Amat y Jordi Gracia

VIDA PRIVADA DE UN CONSPIRADOR

Un buen puñado de las mejores cartas de Dionisio Ridruejo fueron escritas para ser usadas. Cuando cuenta en 1941 sus peripecias en la División Azul, cuando escribe a dos ministros o a la mismísima Junta de Falange en 1956 para explicar su deserción del sistema (antes y después de que el sistema lo eche a él) o cuando predica la socialdemocracia a sus jóvenes e impulsivos aliados, sabe que esas cartas van a circular entre los amigos y colegas, y van a ser leídas en voz alta por muchos más que sus explícitos destinatarios.

Las cartas que reunimos en este breve volumen pertenecen, en cambio, a una cuerda epistolar distinta, íntima y privada, incluso a veces puramente doméstica. Son treinta cartas destinadas a su mujer, Gloria de Ros, escritas sin público y sin cálculo político: nacen de la necesidad de contarle su vida a lo largo de los casi dos años en que Ridruejo prefirió el exilio a la cárcel o el destierro en Canarias. Sólo hemos excluido unas pocas, casi siempre muy breves y alguna sólo reiterativa. La mayoría se escriben desde París: la primera es del día 14 de junio de 1962 y la última está redactada el 22 de abril de 1964, al día siguiente de su regreso a Madrid. Había pasado las primeras horas escondido, al parecer, en casa nada menos que de su viejo jefe de la División Azul, y en ese momento vicepresidente del Gobierno, Agustín Muñoz Grandes. Obviamente, ni es un conspirador típico ni es un exiliado normal ni la rectificación de su pasado fascista es fácil de trazar en dos prontos.

Ridruejo permaneció en París desde junio de 1962 porque fue uno de los represaliados por su asistencia al IV Congreso

del Movimiento Europeo y, sobre todo, por el resultado de ese Congreso. Desde la óptica franquista, allí sucedieron fundamentalmente dos cosas: quedó bloqueada para mucho tiempo la pretensión del régimen de iniciar negociaciones para su ingreso en el Mercado Común (tal como había pedido desde febrero de 1962) y, en segundo lugar y más importante, por primera vez tuvo visibilidad pública y mediática la unidad de una oposición antifranquista de nueva generación y múltiples variantes ideológicas y políticas. Porque el Congreso empezaba el día 7 de junio, pero los españoles habían sido convocados por el secretario general del Movimiento Europeo, Robert van Schendel, en el Hotel Regina de Múnich desde dos días antes, los días 5 y 6. Los impulsores del encuentro previo eran un puñado de españoles comprometidos con el movimiento europeísta, encuadrados en las familias políticas más comunes de la Europa democrática de posguerra (socialdemócratas, liberales y democristianos). Básicamente fueron Enrique Gironella, ideólogo español del Movimiento Europeo; Salvador de Madariaga, presidente del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo; José María Gil Robles, presidente por entonces de la Asociación Española de Cooperación Europea, y el alma de aquella asociación, José Vidal-Beneyto. La estrategia consistió en aprovechar ese IV Congreso para forzar la reunión, por primera vez después de la guerra, de los sectores políticos que a la altura de 1960 estaban situados en posiciones cada vez más antifranquistas, tanto si procedían de la victoria como de la derrota o incluso del exilio. La idea de reunir a los unos y a los otros coincidía con los planteamientos políticos de otros cómplices del encuentro, Julián Gorkin —antiguo poumista como Gironella— y el propio Ridruejo.

Las condiciones impuestas por Gironella presagiaban un éxito rotundo para ese atrevidísimo invento. Se trataba de que la delegación formada por quienes vivían en España doblase en número la del exilio, como en efecto sucedió, sin

intervención alguna de los exiliados en la elección de los participantes del interior, y dos exigencias más: la presencia de representantes de la derecha monárquica y la ausencia oficial de los comunistas (cuya presencia oficiosa sería tolerada). El exilio clásico estaba obligado a entenderse con la nueva resistencia que operaba desde dentro de España para fortalecerla y, sobre todo, para aparecer como alternativa a la única oposición conocida hasta entonces y perseguida ferozmente: el Partido Comunista. Pero más aún: se trataba de lograr el reencuentro del exilio con parte de sus enemigos armados veintitantos años atrás, y arrancar de ese encuentro una declaración conjunta que reclamase sin tapujos la «instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas» en España como condición inexcusable de su integración en Europa (tal como exigía el Movimiento Europeo). La frase procede de la declaración aprobada en la clausura del Congreso de Múnich.

Entre las ochenta personas procedentes del interior habría desde resistentes y derrotados históricos hasta familias políticas que se sentían cada vez menos representadas en la Victoria. El contacto físico y el alojamiento conjunto en el Hotel Regina debían servir para vencer las reticencias y los recelos forzosos e impulsar negociaciones casi inimaginables, incluidas sorpresas como la inesperada fluidez de trato que fue fraguándose entre un fascista rematado en 1939 como Ridruejo y el entonces secretario general del PSOE en el exilio, Rodolfo Llopis [\[1\]](#). Las distintas comisiones y subcomisiones formales e informales, reunidas desde el día 5 (cuando Ridruejo y sus acompañantes todavía no habían llegado a Múnich), tras encuentros y desencuentros más o menos casuales, lograron pactar una breve declaración conjunta netamente democrática y obviamente reconciliadora. En la multitudinaria asamblea de clausura y en presencia de Gil Robles, Salvador de Madariaga hizo entrega formal de la declaración a van Schendel. La lectura de ese acuerdo y su

aclamación fue el momento más simbólico y emocionante, y explica que Madariaga pronunciase la célebre frase que remataba, quizá prematuramente, el significado de Múnich: «hoy ha terminado la guerra civil».

Las represalias de la dictadura contra los participantes fue un grave error político y táctico del franquismo y acabó arruinando la menor posibilidad de una integración europea a corto plazo. Franco suspendió el artículo 14 del Fuero de los Españoles, lo que implicaba para los participantes, además de una cascada de detenciones, la obligación de escoger entre la deportación a las islas Canarias o el ingreso en la cárcel de Carabanchel. De hecho, Gil Robles no fue autorizado ni a descender del avión que lo traía de París, mientras que Ridruejo y sus amigos abortaron el retorno clandestino en tren al conocer la peripecia de quienes habían regresado con sus pasaportes en regla. El efecto último fue que Satrústegui o Gil Robles parecían ser objeto del trato conferido a los descamisados, rebeldes o subversivos tradicionales (lo que desde luego tampoco era verdad). El «contubernio de Múnich» fue la fórmula demonizadora, festiva y equivocada que la propaganda franquista acuñó a través de *Arriba* desde los mismos días 8 y 10 de junio para desacreditar la actividad de esos grupos, aunque hubiese entre ellos miembros del liberalismo democratacristiano o de la derecha monárquica o, peor aun, traidores puros como Ridruejo. En *Arriba* aludían a él y a otros, sin mencionar a nadie, porque bastaba con hablar de los «tránsfugas que gozaron y adularon al Poder», además de «jugadores de ventaja con cartas marcadas» y «compañeros de viaje de los comunistas», cuando precisamente ahí, en Múnich, no pudieron ni abrir la boca.

Ridruejo optó por establecerse temporalmente en París junto con sus más íntimos aliados en la aventura del minúsculo partido socialdemócrata que habían empezado a montar poco después de salir de la cárcel en 1956: el Partido Social de Acción Democrática. Con él estuvieron en

París durante más o menos tiempo Pablo Martí Zaro, Fernando Baeza, Vicente Ventura, Jesús Prados Arrarte, José Suárez Carreño o Enrique Ruiz García. Pero el equipo habitual es más numeroso, porque cuenta con quienes residen en París desde tiempo atrás, como el propio Gorkin, como Paco Farreras, como el generoso matrimonio formado por Víctor Hurtado y María Elisa o como el ubicuo y crucial urdidor de tantas gestiones y reuniones, Pepín Vidal-Beneyto. Y es que desde finales de la década de los cincuenta Ridruejo venía consolidando una relación fructífera con equipos intelectuales de la oposición del interior (incluidos comunistas como Jorge Semprún o Javier Pradera) y del exilio. Habían sido muchas semanas y muchos meses de conspiración largamente meditada. De hecho, la redacción de *Escrito en España* se dilata entre 1959 y 1961 y en buena medida cabe entenderlo como una suerte de manifiesto razonado de las posiciones mayoritarias en Múnich, favorables al desmantelamiento del régimen franquista y a la conducción hacia una democracia constitucional y europea. Se publicó en Buenos Aires justo cuando Ridruejo empezaba su exilio en París y allí pudo hojear los primeros ejemplares.

Incluso antes de 1956 y de su encarcelamiento en febrero, había buscado (y obtenido) el respeto del exilio socialista (desde Max Aub a Indalecio Prieto) y había empezado a buscar aliados de la causa democrática en el entorno del Congreso por la Libertad de la Cultura, como Pierre Emmanuel, poeta francés con lazos afectivos con España y que en aquel momento ocupaba cargos de responsabilidad en el Congreso. Esa plataforma de actividades culturales había nacido en 1950, auspiciada por la inteligencia norteamericana y concebida para combatir o, al menos, contrarrestar la hegemonía ideológica del comunismo en la Europa de la posguerra y el existencialismo sartriano. En París intensificó la relación personal y cómplice con el periodista y agitador Julián

Gorkin, que era el cerebro gris del Centro de Documentación y Estudios, la base de operaciones hispánicas del Congreso (con varias publicaciones y sobre todo la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*). Se trataba de un modesto *think tank* antifranquista que dependía económicamente del mismo Congreso y que aspiraba a ser, en palabras de Ridruejo, no mucho más que una «fabriquita de propaganda» subversiva. En junio del 62, tras Múnich, Ridruejo se integraría profesionalmente en esos círculos y emprendería una actividad propagandística que desembocó en una revista valiosa y original, *Mañana*, entre 1965 y 1966. Como el resto del tinglado, la revista también se vino abajo tras la publicación en *The New York Times* en 1966 y 1967 de varios reportajes sobre la financiación que la CIA había proporcionado al Congreso por la Libertad de la Cultura a través de prestigiosas universidades y fundaciones filantrópicas.

•

Pero esta selección de más de treinta cartas inéditas, escritas entre junio de 1962 y abril de 1964, no es la crónica en primera persona de una campaña política y voluntariosa. Es más bien la crónica íntima de una aventura imprevista que empieza como empiezan las aventuras: tan accidentadamente que tanto él como sus acompañantes estuvieron a punto de no llegar ni siquiera a Múnich, porque primero había que llegar a los Pirineos desde Barcelona en un coche que no estaba donde debía estar, ni el corazón de Ridruejo daba para subir montañas a toda marcha, ni las citas convenidas con los contactos salieron como debían. Por eso llegaron tan tarde, el día 6 por la tarde, aunque ese retraso justificó también una ovación estruendosa (la emoción se revive leyendo el dietario del poeta Marià